
EL NATURALISMO EN LAS CIENCIAS SOCIALES VINO PARA QUEDARSE

JORDI MUNDÓ

1. INTRODUCCIÓN

En los últimos cuarenta años ha ido cambiando el modo en que las ciencias sociales se han relacionado con el resto de las ciencias. La economía, otrora renuente a abandonar su aislamiento causal del resto de la ciencia, ha ido incorporando hallazgos de la psicología social cognitiva, la economía experimental y la teoría de juegos evolucionaria, por no hablar de la relevancia que ha adquirido la neuroeconomía. En este sentido, la disciplina económica de hoy tiene mayor parecido que en el pasado con la antropología, la sociología, la ciencia política y la psicología social, que han ido integrando muchos de los resultados de la biología evolutiva y la antropología biológica. Se trata de un proceso de gran calado al que no se le vislumbra final: todo lleva a pensar que el naturalismo en las ciencias sociales vino para quedarse.

La aceptación de que los humanos somos criaturas biológicas conduce a que empiristas y naturalistas exploren las potencialidades de la teoría biológica disponible para desarrollar la ciencia social, y a su vez esta atracción resulta un acicate para que aquellos teóricos de las ciencias sociales no naturalistas y más partidarios de la hermenéutica puedan arremeter contra cualquier atisbo de investigación social inspirada en la teorización de etiología darwiniana. El entusiasmo a menudo excesivo de los primeros y la comprensión sesgada o errónea del trasfondo científico del asunto por parte de los segundos hacen que resulte necesaria una mayor atención a cómo se ha desarrollado la teorización social de impronta naturalista, mostrando sus numerosas variantes así como sus reveladoras limitaciones. Trabajos pioneros como los de Alexander Rosenberg (1980) o Philippe Van Parijs (1981), por citar sólo dos, pueden verse hoy como una evidencia histórica de las innumerables disputas acerca de la incorporación del naturalismo al quehacer de las ciencias sociales en las últimas décadas. Tras ellos, la diversidad y complejidad de los temas y de los resultados de las discusiones no han hecho sino aumentar.

Mediante un ejemplo concreto, me propongo reflexionar someramente acerca de las dimensiones metodológica y teórica en las que las ciencias de la vida están llamadas a jugar un papel relevante en las ciencias sociales.

Filosofía y Metodología de las Ciencias Sociales, Departamento de Sociología, Universidad de Barcelona, España. / jordimundo@ub.edu

EL FUNCIONALISMO COMO SÍNTOMA

Un asunto que condiciona las discusiones de fondo en las ciencias sociales tiene que ver con, en un sentido, sostener que los factores explicativos primarios en las ciencias sociales deben ser los agregados de personas (clases sociales, grupos, sociedades) y sus propiedades —los llamados *hechos sociales* o propiedades estructurales, según varios enfoques— o, en otro sentido bien distinto, en suponer que toda explicación debe partir de las elecciones que realizan los individuos, a menudo entendido como agentes *racionales*. Ello abre una discusión filosófica enjundiosa. Hay científicos sociales que sostienen que los hechos sociales a gran escala explican la conducta individual, lo cual implica realizar supuestos metafísicos acerca de la condición de realidad de los grupos como independiente de las realidades de los individuos que los componen. Esta suerte de colectivismo en muchos casos lleva asociado un tipo de explicación llamada *funcionalista*. La postura contraria al colectivismo, el *individualismo*, promovida por concepciones centrales de la economía y la ciencia política, y presentes en menor grado en la sociología y la antropología, también debe enfrentar problemas filosóficos de distinta índole. Es interesante ver cómo los problemas que plantean el colectivismo metodológico, el funcionalismo y el individualismo metodológico se han visto aumentados por la creciente influencia de la ciencia biológica, en particular por la teoría de la selección natural de Darwin, en todas las ciencias sociales y del comportamiento.

Detengámonos en el funcionalismo y sus implicaciones para la ciencia social. La estrategia explicativa funcionalista es *prima facie* obvia y de sentido común en explicaciones de la vida cotidiana y, por supuesto, en la biología. A menudo damos cuenta de la razón de existir de algo o de sus características mediante la función a la que supuestamente sirven. La función tiene tal poder que puede explicar varios efectos y, ante todo, tiene una gran eficacia clasificatoria: por alguna razón, a los humanos nos resulta intuitivamente plausible clasificar entidades y fenómenos mediante la función que les atribuimos. Hoy, el funcionalismo en ciencias sociales sufre un cierto desprestigio por los graves problemas metodológicos que conlleva. Por citar solo uno, recuérdese que el funcionalismo, al tener un carácter teleológico (esto es, una función de un sistema son algunos de sus efectos), se dice que aquellos efectos que responden a una necesidad, que tienen algún beneficio o que conllevan alguna ventaja para un sistema, o para un conjunto de sistemas que contienen este sistema, corresponden a una función. De modo que la explicación funcional es una explicación de las causas por sus efectos. Sin embargo, si la explicación funcional aspira a ser una *buena* explicación causal, no *debería* permitir que sean los efectos los que expliquen las causas. Supuestamente, en biología este problema del funcionalismo se sortearía porque la función de algo (un gen, un órgano, un sistema vivo) sería una consecuencia de la suma de la adaptación

reproductiva y la adaptación ecológica, que darían lugar a sucesivos refinamientos mediante el mecanismo de variación y selección.

Resulta algo a la vez sorprendente y revelador que, al menos durante la mayor parte del siglo XX, el grueso de las explicaciones funcionalistas en ciencias sociales rechazará de plano cualquier vínculo con el programa de investigación naturalista basado, precisamente, en el funcionalismo. Una primera razón de que pocos científicos sociales estuvieran dispuestos a tomar en serio las virtudes metodológicas de la teoría darwiniana radicaba en la arraigada creencia de que, al tratarse de una teoría que trataba de las bases genéticas ya establecidas, de rasgos innatos, era lo opuesto a lo que se necesitaba para dar cuenta de los rasgos de las sociedades humanas. El supuesto de que lo social equivale a lo basado en diferencias, en elementos mutables, y que lo genético se basa en la reproducción de lo heredado, o la idea misma de que lo social equivale únicamente a lo aprendido mientras lo genético corresponde a lo natural, contribuyó a levantar un muro entre las ciencias naturales y las sociales (Mundó, 2005). Esa diferencia conllevaba otro problema en el plano normativo: considerar que la teoría darwiniana de la selección natural puede ser relevante para entender cabalmente rasgos sociales humanos se ha visto como algo social y políticamente peligroso. Sin embargo, es bien sabido que una aplicación social nefasta de un resultado científico no hace que éste sea inherentemente indeseable, a menos que se quiera caer en la falacia naturalista (Moore, 1901).

Hay una segunda razón bien paradójica del rechazo de la reflexión naturalista en ciencias sociales. La comprensión de la teoría darwiniana aplicada a la biología a menudo se han entendido desde las ciencias sociales como basada meramente en la noción de un “gen egoísta” o de “supervivencia del más apto”. Entonces, según esta concepción, cualquier reflexión del programa naturalista sería vana e incompatible con la evidencia antropológica y sociológica de que las sociedades sólo pueden operar sobre la base de una significativa cooperación de sus miembros. Resulta paradójico, digo, porque desde el último cuarto del siglo XX disponemos de literatura científica bien interesante de disciplinas como la antropología biológica, la psicología evolutiva o la teoría de juegos evolutiva, que se ha caracterizado precisamente por poner énfasis —con mayor o menor fortuna— en explicaciones evolutivas del rasgo cooperativo de las sociedades humanas. Y este caudal de aportaciones desde el mundo de las ciencias de la vida no hace sino avivarse.

3. A MODO DE CONCLUSIÓN

Valga como ilustración de la necesaria atención que las ciencias sociales deberán seguir prestando a las ciencias de la vida, una breve referencia a la literatura reciente sobre uno de los grandes problemas de las sociedades contemporáneas: la soledad. John T. Cacioppo, fallecido en marzo

de 2018, ha sido uno de los investigadores más interesantes de la soledad desde una perspectiva a la vez social y natural, y ha desarrollado una teoría evolutiva de la soledad, mediante la que explica cómo ésta es un rasgo evolutivo bien importante para promover y proteger las conexiones sociales saludables, del mismo modo que el dolor evolucionó para promover y proteger la integridad del cuerpo físico (Layden, et al., 2018). Los hallazgos científicos de su equipo le llevaron a sostener que la soledad no deseada representa una desviación de la homeostasis social, pero que la evolución del sistema de la soledad promueve comportamientos sociales para el beneficio mutuo en lugar de resultados egoístas. Sostuvo que la variabilidad individual en la soledad atribuible a la genética refleja diferencias en la sensibilidad o aversión al aislamiento social percibido, y es estadísticamente raro el individuo en una población que no tenga tal respuesta a la formación o pérdida de relaciones saludables, el cual tiene un mayor riesgo de relaciones interpersonales superficiales y de tendencias de comportamiento psicopático (Cacioppo, et al., 2014). La interesante teoría evolutiva de la soledad de Cacioppo arguye que la evolución de la soledad promueve la formación y protección de nuestro cuerpo social e individual y contribuye a nuestra humanidad.

De ser ciertas estas premisas, desde las ciencias sociales deberían permitirnos abordar la compleja realidad de la soledad en las sociedades contemporáneas a partir de supuestos mejor informados. De este modo, atender a muchos de los resultados empíricos, estrategias teóricas y reflexiones metodológicas subyacentes a las ciencias de la vida puede contribuir a revisar críticamente supuestos heredados y abrir nuevas perspectivas para la mejora de las ciencias sociales.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Cacioppo, J. T., Cacioppo, S., & Boomsma, D. I. (2014), "Evolutionary mechanisms for loneliness". *Cognition & Emotion* 28(1): 3–21. <https://doi.org/10.1080/02699931.2013.837379>.
- Layden E.A., Cacioppo J.T., Cacioppo S. (2018), "Loneliness predicts a preference for larger interpersonal distance within intimate space". *PLoS ONE* 13(9): e0203491. <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0203491>
- Moore, G.E. (1903), *Principia Ethica*. Cambridge, Cambridge University Press.
- Mundó, J. (2005), "Integración causal en la explicación científica: ciencia social con y sin psicología". *Ludus Vitalis* XIII (24): 29 – 54.
- Rosenberg, A. (1980), *Sociobiology and the Preemption of Social Science*, Baltimore: The Johns Hopkins University Press.
- Van Parijs, Ph. (1981), *Evolutionary Explanation in the Social Sciences. An Emerging Paradigm*. Totowa, N.J.: Rowman & Littlefield.